

PRIMERA PARTE.

El progreso del raciocinio en la primera parte no es ménos expedito, porque las causas de donde pretende el orador deducir sus pruebas llegan hasta la demostracion, derramando así la evidencia sobre la primera verdad, cuyo objeto es lo imposible de la penitencia en la hora de la muerte. "No estaréis entónces, dice, en estado de buscar á Jesucristo, porque os faltará tiempo, ó en caso de que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males: ó finalmente, porque aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entónces no podréis vencer." Es imposible llevar mas adelante la lógica, y preparar mejor la inteligencia del auditorio para las fuertes impresiones de las grandes verdades. El orador se abre por sí mismo una marcha segura no ménos al convencimiento que á la persuasion. ¡Con qué agradable novedad sorprende á sus oyentes con la rápida y enérgica narracion de esos acontecimientos diarios y terribles, que arrebatan á cada paso de la escena del mundo á los que habian hallado en él sus placeres! ¡Que no perdonan ni á la vida inocente del niño, ni al tierno y cariñoso interes del jóven lozano, ni á las canas respetables del viejo! ¡Con qué fuerza y oportunidad recuerda á los que le escuchan, la poca razon que tienen para fiarse en el tiempo! "¿De quién dependen, exclama, los dias y los años? ¿Quién hace que el sol salga y se oculte sobre nuestras cabezas? ¿Podéis acaso vosotros mandar á este astro, como aquel capitan del pueblo de Dios, que se detenga y que alargue el dia de vuestra vida, para daros tiempo de acabar la victoria y de domar vuestras pasiones? Los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros, dan derecho sobre uno solo de vuestros instantes? Los que mandan en la tierra, ¿pueden asegurar para sí mismos el instante siguiente? ¿No es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para ad-

"herirnos con tanto apego á un mundo al que nunca podamos estar unidos mas que el instante presente que ya no existe!"

"¿Oh Dios mio! Vos que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, Vos que desde el principio habéis contado mis dias como mis cabellos, que presidisteis al instante de mi nacimiento y desde entónces señalásteis en mi frente el de mi muerte; Vos solo, Señor, que habéis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de mi peregrinacion; Vos solo estáis viendo si yo me hallo aún léjos de mi carrera, ó si toco ya aquel término fatal, despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio."

Casi no hai escritor ninguno de cuantos han hablado sobre esto, que no deplora la rápida sucesion del tiempo. Horacio ha consagrado, lo mismo que otros poetas, á tan triste materia alguna de sus mas bellas odas; y el *fugaces labuntur anni*, con que abre su poética locucion á Póstumo, se repite aun con placer al cabo de tantos siglos por los que están medianamente versados en la literatura latina; pero el genio, que jamas resiente la esterilidad, aglomera, cuando tiene que expresar pensamientos comunes, mil circunstancias felices que los disponen para producir los encantos de la novedad. Massillon deplora la rapidez de los siglos; pero sujeta del todo al Rei de la Eternidad, á quien apostrofa luego con una interrogacion sublime.

El entendimiento necesita muchas veces, para recibir en toda su fuerza la impresion de la verdad, que esta le sea presentada por la imaginacion. He aquí lo que particularmente se nota en este trozo, donde se manifiesta la temeridad del hombre en fiarse del tiempo con tan absoluta seguridad. Ninguno podia quedar tranquilo en el auditorio despues de un reproche tan tremendo y de esa reunion de casos frecuentes en que los hombres, tal vez cuando se hallan mas sumergidos en los placeres, se sorprenden repentinamente en la eternidad. Sin embargo, ¿qué excusas no se levantan en el alma que está devorada por el fuego de los vicios? Apenas la conmueve una verdad terrible justificada por la experiencia, cuando se tranquiliza con sofismas peligrosos. Nadie conocia mejor esta situacion que Massillon, y por eso le vemos siempre mui alerta contra las diferentes excusas que no cesa de oponer á la virtud una voluntad depravada. Parece que adivinaba el pensamiento de su auditorio, cuando previniendo una especie de objecion le habla de esta manera. *Tal vez os asegurarás con que estos ejemplos de muer-*

tes imprecistas son raros, y que no pasan de ciertos golpes extraordinarios y únicos, que no caen sino sobre un pequeño número de infelices.

A la sorpresa que excita una objecion tan bien presentada, sucede una fuerte conmocion cuando el orador va des- envolviendo por grados un pensamiento que la reduce á pol- vo. Manifiesta que son tan comunes estos sucesos en el tiempo en que habla, como raros y extraordinarios habian sido en los siglos precedentes, y concluye diciendo, que aun cuando así no fuese, aun cuando uno solo debiera ser el sor- prendido, seria la mayor imprudencia no temer. Esta ma- nera particular de desenvolver las ideas es un indicio segu- ro de la victoria para la razon; porque unas verdades van así preparando las otras, y todas ellas se ligan y sostienen de tal suerte, que cuando llegamos al último eslabon de esta cadena, nos es imposible resistir al poder del raciocinio. Por esto el orador, despues de atacar á sus oyentes con estas re- flexiones tan insinuantes, concluye su prolépsis anunciando sin vacilar, que la mayor parte de los que espiran son sor- prendidos, para deducir al cabo de una serie gradual de con- ceptos urgentísimos, que *todas las muertes son repentinas; que casi ningún pecador muere creyendo que va á morir; y que no aparezca delante de Dios sin haberse preparado pa- ra esa terrible cuenta.* Satisfecho entónces de haber borra- do del entendimiento hasta la última huella de una excusa tan peligrosa, no teme ya exclamar con un tono verdadera- mente amenazador. *¡Aseguraos despues de esto con el pe- queño número!* Muchos oradores emplean á cada paso es- tas y otras amenazas semejantes; pero desprovistas de toda preparacion, quedan por lo regular en la clase de comunes declamaciones. Para hablar con un tono de seguridad co- mo este, es necesario haber adquirido ántes varios triunfos graduales, y contar con aquella autoridad que se grangea el orador con el profundo conocimiento del hombre manifes- tado á cada paso en los raciocinios mas urgentes. Esta tácti- ca es tan familiar á Massillon, que mui pocas veces deja de persuadir al instante lo que se propone. Acabamos de verlo en este pasaje, donde se nos manifiesta que casi todas las muertes son repentinas, verdad que veíamos como una paradoja cuando nimiamente apegados al sentido material de la palabra, continuábamos viendo la cuestion en el órden físico; pero que llega á los ápices de la evidencia, cuando atentos al designio del orador, la colocamos inmediatamen- te en el órden moral. No todo lo que es violento es re- pentino; lo primero se refiere al tiempo, lo segundo á la es-

pectativa ó al desnudo. Quien se sorprende con lo que no esperaba tan pronto, ve como repentino un suceso que sin embargo pudo haberse preparado con lentitud. *¿Qué im- porta pues que la muerte nos arrebatte despues de haberse anunciado por una larga y penosa enfermedad, ó á tiempo que un rayo se desprende de las nubes!* Nada para el que está continuamente preparado, nada tampoco para el que opone una resistencia constante y obstinada á la idea de su destruccion. Basta no esperar la muerte, para que sea re- pentina; y como mui raras veces la espera el pecador, pue- de asegurarse que no tendrá este tiempo para convertirse á Dios, si reserva tan grave empresa para el último de sus dias.

“Pero demos, continúa el orador, que se os conceda el tiempo y que los ministros del Señor tengan lugar para ir “ á deciros, como otro tiempo un profeta al rei de Judá: “ *dispon las cosas de tu casa porque vas á morir.*”

Antes de pasar adelante, nótese la oportuna y feliz aplica- cion de este lugar de la Escritura. No queremos hablar aquí de ese discernimiento comun con que debe usar de ella el orador cristiano, porque semejante observacion pareceria en cierto modo ridicula. Cuando nos proponemos alabar á un grande hombre, no es cordura emplear en hacer visibles aquellos rasgos que solo cuentan con una perfeccion comun, un tiempo que sule escasearse demasiado aun tratándose de pinceladas llenas de elevacion y de ingenio. Lo que hai aquí de notable es que Massillon en la simple coyuntura de que se aprovecha para aplicar el texto sagrado, encuentra un medio de manifestar el poder de su talento, y de adquirir un verdadero triunfo sobre su auditorio; porque en la misma *concesion* que le hace, descubre sin decir una palabra, que concede lo que es moralmente imposible. Mas para dar cla- ridad á esta idea, permitásenos hacer algunas reflexiones analíticas sobre el pasaje de Isaías.

Quando Ezechiás oyó el anuncio del Profeta, volviendo su rostro á la pared, oró á Dios en estos términos: *Acuérdate, te ruego y te suplico, oh Señor, de cómo he caminado en tu presencia con sinceridad y corazon perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos.* Esta plegaria, llena de resignacion y de piedad, anuncia por sí sola, que dispo- siciones tan santas para la muerte son por lo regular una re- compensa de la virtud y no el último asilo del vicio; y que á ellas debió el monarca el favor inestimable de saber por Isaías la proximidad de su fin, y de que Dios le concediese aun algunos años mas que vivir sobre la tierra.

El cántico de Ezechiás, que se lee desde el verso 12 has-

ta el 20, está lleno de ideas terribles para los que hallan en el mundo sus placeres, y en la vida el centro de su felicidad. Aquí se ve que no pasaba un solo día sin que el pensamiento de la muerte se levantara en el espíritu de tan piadoso rei: aquí se ve que la vida no es por lo comun sino un término de prueba y de tribulacion, y un presente mui triste para el que se alarma de continuo con los riesgos innumerables que le rodean. Un rei que constantemente habia vivido con temor y con temblor, alza su voz moribunda para implorar las misericordias del Altísimo á tiempo que se le anuncia la formidable cuenta. ¿Qué espera pues la criatura abandonada sin tregua á los placeres de los sentidos y envuelta sin cesar en las borascas de las pasiones? ¿Podrá lisonjearse de una revelacion feliz que le anuncie su intermediacion á la eternidad? ¿Tendrán sus últimos dolores bastante elocuencia para persuadirle una verdad tan espantosa? ¡Ah! La esperanza se mide por los deseos; y ninguno mas ardiente agita al pecador que el de retirar los límites de su existencia, para extender el teatro de sus delitos, ensanchar la esfera de sus gozes y prolongar indefinidamente la funesta embriaguez de su corazon. Conceder pues al auditorio que haya de tener tiempo de que los ministros del Señor vengan á decir á cada uno en el extremo de su vida, como el Profeta al rei de Judá: *dispon tu casa porque vas á morir*, es concederle una gracia rarísima, que solo debe mirarse como la recompensa inmediata de las almas justas; es concederle un imposible; es en fin tocarle una circunstancia de la vida humana que nos hace estremecer, una circunstancia donde la virtud mira su garantía, y donde el vicio reconoce, aunque mui tarde, el primer efecto de una sancion que habia despreciado.

Nos hemos detenido sin duda mas de lo necesario en este rasgo que á primera vista nada tiene de notable; pero como entendemos que uno de los secretos mas preciosos de la arte oratoria consiste en aprovechar ciertas oportunidades en que un texto de la Santa Escritura suele causar un golpe decisivo en el alma, ya se trate de producir el convencimiento, ya de mover eficazmente la voluntad, con tal que el talento del orador haya sabido prepararle con destreza; hemos querido servirnos de la presente coyuntura en que Massillon obtiene infaliblemente una victoria al tiempo mismo que parece conceder un triunfo; puesto que ningun pasaje es mas á propósito para confirmar estas ideas.

¿Qué dirémos pues cuando á esta concesion sigue todavía la pintura de una situacion funesta en que el tiempo mis-

mo no es garantía ninguna para creer que á la hora final habrá tiempo de convertirse á Dios! “¿Qué puede hacer
“entónces una alma pecadora, consumida de dolores, des-
“fallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que
“apenas tiene la vida suficiente para animar su cadáver!
“¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca,
“con una lengua que se traba y entorpece, con una memo-
“ria que se confunde, con un corazon que se deshace; os
“parece que en este estado puede un pecador registrar los
“abismos de su conciencia! ¿Queréis que pueda conocer
“con claridad sus escándalos, sus venganzas, sus restitucio-
“nes, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivi-
“do, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha ex-
“plicado bien; y en una palabra, que éntre en unos cuida-
“dos y unas menudencias para las que apenas bastarian
“el espíritu mas sereno y la mas entera razon! ¿Queréis
“que esta alma, ya inmóvil y atada con las cadenas de la
“muerte, conozca el horror de sus pasadas iniquidades!
“que piense seriamente en implorar las misericordias de
“Dios, cuando las ideas de aquella última hora no parecen
“mas que sueños, y los pensamientos son como los de un
“hombre dormido!

Para hacer sentir la extrema dificultad de una empresa, no hai medio mas á propósito que presentarla bajo un punto de vista bastante claro, á fin de que se pondere su naturaleza, se calcule su extension y se conozcan plenamente los innumerables recusos de que se necesita para llevarla á cabo; pero pasar de aquí á enumerar unas circunstancias, cada una de las cuales basta por sí sola para convencerse de que los inconvenientes son gravísimos y los obstáculos insuperables, es demostrar con admirable fuerza que tal empresa viene á ser imposible. He aquí lo que consiguió el orador poniendo en contraste el empeño de ilustrar la conciencia para volverse á Dios con la imágen del alma cuando está combatida por las enfermedades del cuerpo. Una razon que se ofusca, una lengua que se ata, una memoria que se confunde, un corazon que se extingue, un resto de vida que apenas basta para animar un cadáver, una alma inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, ideas que no se distinguen de un sueño, pensamientos que se confunden con los delirios fantásticos y caprichosos del hombre que duerme.... ¿Qué situacion tan funesta! ¿Qué pintura tan horrible! ¿Qué cuadro tan desesperado! ¿Y qué pretende el hombre en un postramiento tan grave, en un abandono tan absoluto de sus fuerzas! Registrar los abismos de su conciencia, conocer

con claridad sus escándalos y sus venganzas, sondear el golfo profundo de su impureza, penetrarse del horror de su iniquidad y entrar en unos pormenores para los que bastarian apenas el espíritu mas sereno y la mas entera razon.

“¡Gran Dios! Vos que desde lo alto de vuestra justicia estáis mas atento que nunca á los secretos movimientos de aquella alma desgraciada, ¡qué es lo que pasa en aquellos últimos instantes entre ella y vos! ¡Qué descubris en ella que pueda reparar una vida entera de culpas y aplacar vuestra indignacion! ¡Se vuelve entónces á su Criador? ¡Adora en secreto al Autor de sus beneficios y al vengador de sus ingratitudes! ¡Se humilla bajo la mano que está levantada para herirla! ¡Se mira como una víctima destinada á los tormentos eternos, si la juzgáis segun el rigor de vuestra justicia! ¡Os dirige desde el abismo de su dolor los clamores de un sincero arrepentimiento! ¡Forma siquiera un deseo que merezca vuestra atencion! ¡En vez de aplacaros, se halla ni aun en estado de conocerlos! ¡Y qué otra cosa veis, oh gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, sino los últimos esfuerzos de una alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace!”

¡Qué efecto tan prodigioso no debe producir este apóstrofe á Dios, cuando ha llegado á un punto tan elevado el movimiento que precede! Se diria que fatigado el orador de haber estrechado tan fuertemente á su auditorio, y no encontrando en él bastante capacidad para desahogar los sentimientos que le agitan, se vuelve á Dios para pedirle una revelacion misteriosa. ¡Con cuánto gusto ha elegido los atributos divinos que corresponden á la escena! Presenta á Dios, desde lo alto de su justicia; le ofrece á nuestra vista, mas atento que nunca á los movimientos del hombre. Todo es aquí solemne; todo inspira un horror santo: esta atencion singular de parte de Dios, estos movimientos secretos, esta alma desgraciada, tienen un no sé qué de augusto y al mismo tiempo de espantoso que nos hace estremecer. Pero, ¡ay! este mudo dialogismo, estas preguntas reiteradas y urgentes sucedidas de un silencio profundo hacen erizar el cabello. ¡Qué dirémos de la interrogacion que viene á cerrar tan terrible pasaje? La conciencia tiembla á cada nueva pregunta; teme que el orador la satisfaga, y ella misma vacila, sucumbe, pero no se atreve á responder. Cada nueva circunstancia la altera, cada nuevo recuerdo la atormenta, el silencio misterioso del orador la confunde. En esta situacion tan angustiada para el auditorio, el orador reúne

sus fuerzas, se reviste de toda su dignidad, y cual si ya estuviese inspirado por Dios, á quien se ha dirigido, responde á su nombre exclamando soberanamente. ¡Y qué otra cosa veis, oh gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, sino los últimos esfuerzos de una alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace! He aquí el verdadero sublime.

Llegando aquí, nos parece que el orador no puede decir una palabra mas sobre este punto; creemos que, despues de haberse convertido á Dios, no buscará nuevos testimonios de esta verdad entre los hombres que le escuchan. Sin embargo, un pensamiento nuevo le asalta: se acuerda repentinamente de que muchos de los que viven han sufrido la espantosa crisis que acaba de describir, se han visto á las orillas del sepulcro y han experimentado los tormentos de la agonía. Diríjese pues á ellos, estrechándolos urgentísimamente á la revelacion de lo que pasaba en sus almas durante aquellos momentos en que la conversion es tan difícil y las demostraciones de piedad son tan sospechosas.

Pasa de aquí á reprochar la funesta costumbre que tienen muchos de consagrar al arreglo de la sucesion un tiempo estrechísimo que debiera emplearse todo en prepararse para la eternidad.

Nos mortifica mucho encontrar en este rasgo y el que precede cierta trivialidad en los conceptos y muy principalmente en el modo de presentarlos, la cual debilita sobre manera la impresion que nos habia dejado el último movimiento. Tal vez el lugar en que colocó los dos pasajes de que hablamos, no es lo que ménos contribuye á la especie de languidez que reina en todos ellos. Cuando se acaba de producir aquel trasporte que caracteriza lo sublime, es muy peligroso insistir en las mismas ideas. Cuando un orador, despues de haber recorrido la tierra, se eleva hasta los cielos, y parece entrar á la parte con Dios en el secreto de sus planes, casi es infalible que una vuelta hácia la tierra sin variar de designio arrastra necesariamente la elocuencia á una condicion muy humilde. He aquí lo que sucedió al orador por haber vuelto á buscar entre sus oyentes el testimonio de una verdad que ya Dios le habia como revelado de la manera mas sublime.

La pintura del enfermo arreglando la sucesion, y de los hijos y parientes en atalaya de su fortuna, y cercando la cama del moribundo, no pasa de una narracion muy comun. Pero el genio tiene recursos inagotables para borrar estas impresiones poco gratas, y casi nunca deja de recompensar al buen gusto.

Massillon concluye pues esta prueba, con un cuadro en que la escena que representan el sacerdote y el enfermo, arrebatada el interes de todos los espectadores. El orador aquí se mezcla mui delicadamente con solo no hablar del ministro en singular, sino comprendiéndolos á todos é incluyéndose á sí mismo. "Le decimos que se arrepienta; pero ¿quién sabe si lo oye! Le pedimos alguna señal de dolor; levanta sus ojos moribundos; se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil; dice que sí con la cabeza; nos parece que le hemos entendido; pero ¿quién sabe si se entiende él mismo! &c." Esta mezcla de la caridad cristiana con la crítica moral en la situación que acaba de presentarse, inspira un interes mui vivo. Pintanse aquí con la mayor energía los esfuerzos de un ministro zeloso por salvar al alma de una ruina tremenda; pero al mismo tiempo se percibe la amargura de su espíritu, la inquietud de su imaginación, el martirio de la incertidumbre y los tormentos de la duda. El interes se aumenta con la parte que toma el orador en la escena, pues al verle dudar él mismo de unas manifestaciones que mil veces ha presenciado, tomamos parte con él en la lucha, y recibimos sus discursos con aquel convencimiento que necesariamente produce quien habla sobre los datos de la razon y con los documentos infalibles de la experiencia.

Está demostrado que las enfermedades presentan un obstáculo invencible á la conversion repentina de un pecador moribundo; pero el orador, que mira por todas partes aparecer nuevos datos en apoyo de las verdades que propone, no tiene dificultad ninguna en conceder que se conserve expedito el uso de la razon en medio de los mas crueles dolores. Las enfermedades del alma tienen un carácter mas obstinado que los males del cuerpo: estos preparan la eficacia de la medicina con la voluntad firme del que los padece, para recibir dócilmente sus socorros; aquellos oponen la mas terrible de todas las resistencias, pues no la hai sin duda tan tenaz como la de un enfermo que, embriagado con el mal que le destruye, encuentra en este mismo mal un placer inefable que no quiere abandonar. Las pasiones tienen mas dificultad en desaparecer, ya que se radican y empuñan el cetro del albedrío, que facilidad habian encontrado para propagarse, á tiempo de habérselas admitido liberalmente en el alma. El estorbo pues de las pasiones es la última y la mas formidable prueba que el orador escoge para demostrar cuán imposible sea la verdadera penitencia en el instante de la muerte. Aquí es donde aglomera luego todas las

situaciones, presenta todos los casos, y concluye siempre con el respetable testimonio de las Santas Escrituras. El impuro tal vez recreará sus ojos moribundos en las finestas imágenes de sus pasados desórdenes; tal vez no abandonará las riberas del mundo, sin decir un adios desesperado al infeliz objeto que corrompió su corazón: sus huesos se llenarán entónces de los desórdenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro.¹

Un pensamiento desconocido perturbará entónces por la primera vez la quietud engañosa del avaro: su alma vomitará las riquezas que habia tragado, pero será mui contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que le tenia.²

Prosigue el orador por la serie de las pasiones, escogiendo siempre de preferencia las que presentan un carácter mas obstinado y mas terrible; y despues de ofrecer á la vista de su auditorio los diferentes casos que varían esta escena final del hombre pecador, se convierte á Dios, como lo tiene de costumbre, para concluir en seguida su primera parte con una magnífica amplificación en que se ofrecen las lecciones de la experiencia, las sentencias de la Escritura y los ejemplos de la Historia Santa, obrando de concierto para preparar un movimiento que debe reputarse como uno de los mas á propósito para justificar los triunfos de la elocuencia.

"Vos, Señor, (exclama, hablando del pecador moribundo.)
" Vos, Señor, nos avisáis en las Divinas Escrituras, que su fin será semejante á sus obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum.*³ Si habéis sido deshonestos en vuestra vida, moriréis como tales; si habéis sido ambiciosos, moriréis sin que muera en vuestro corazón el amor al mundo y á sus falsos honores; si habéis vivido tibios, sin vicios ni virtudes, moriréis con tibieza y sin compuncion; si habéis vivido irresolutos, formando continuamente proyectos de penitencia, sin ponerlos jamas en ejecucion, moriréis llenos de deseos y vacíos de buenas obras; si habéis vivido inconstantes, siendo tan presto del mundo como de Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernándoos siempre por vuestro gusto y por la inclinacion de un

¹ Ossa ejus implebuntur vitis adolescentia: ejus, & cum eo in pulvere dormient. Job. 20, v. 21.

² Divitias, quas devoravit, evomet; et de ventre illius extrahet eas Deus. (Job. *ibid.*)

³ Cor. 11, v. 15.

“ genio inconstante y ligero, moriréis en estas deplorables
 “ alternativas, y vuestras lágrimas en la hora de la muerte
 “ serán de la misma especie que las de vuestra vida: esto
 “ es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial;
 “ vuestros suspiros nacerán de un corazón tierno y sensible,
 “ pero no de un corazón penitente: en una palabra, moriréis
 “ en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini*. En
 “ aquel pecado en que habéis vivido encenagados tanto tiempo;
 “ en aquel pecado que es más propio vuestro que los
 “ demás, porque domina en vuestras costumbres y en vuestro
 “ temperamento, en aquel pecado que os es como natural,
 “ y del que no habéis conseguido enmendaros en toda
 “ vuestra vida: *in peccato vestro moriemini*. Acab muere
 “ impío, Jesabél deshonesto, Saúl vengativo, los hijos de
 “ Helí sacrílegos, Absalón rebelde, Balthazar afeminado y
 “ Heródes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes
 “ ejemplos, todos los profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica
 “ hoy de un modo capaz de hacer temblar á los más insensibles;
 “ la experiencia es terrible en este asunto; y vosotros mismos estáis diciendo que
 “ la muerte es conforme á la vida.”

SEGUNDA PARTE.

La verdad que se propone Massillon desenvolver en la segunda parte, es todavía más alarmante: *la penitencia en la hora de la muerte casi siempre es inútil*. Dios ha puesto límites á su paciencia; y así como ha señalado tiempo para acordarse del pecador, le tiene igualmente fijo para olvidarse de él. ¿Cuál es la consecuencia inmediata de esta verdad? Que siendo toda la vida presente un tiempo de propiciación y de salud, si en alguna parte hemos de buscar este segundo tiempo en que Dios abandona al pecador, será precisamente, cuando éste se halle combatido por los últimos dolores: porque de otra manera; ¿dónde estaría aquella justicia que insulta las lágrimas del impío que está para morir?

Para conseguir la penitencia en la hora de la muerte, se necesita el concurso no solo de la gracia común, por decirlo

así, no solo de la gracia eficaz que produce la mudanza del hombre, sino lo que es más todavía, el de aquella gracia que consume la santificación de una alma, la gracia de la perseverancia final. ¿No es pues el mayor de todos los delirios abandonarnos tranquilamente á las pasiones y al pecado, creyendo que á la hora de la muerte habrémos de adquirir esta gracia que consume la santificación del hombre? A nadie debe Dios esta gracia. Muchos viven largo tiempo dóciles á las inspiraciones de una conciencia recta, y suelen morir sin tenerla, tan solo porque se deslizan despues de una larga y justa peregrinación. Ella debe mirarse como un presente inestimable, como una margarita preciosa que reserva Dios á sus escogidos, para hacerles ver al fin de su carrera, que no son perdurables las persecuciones del mundo.

No sería extraño que Dios concediese tan singular favor á uno de aquellos hombres extraordinarios que, durante el curso de su vida, no habian visto resplandecer á sus ojos la luz de la fe; que habian existido sin Dios, sin esperanza y sin consuelos: no sería extraño que una vuelta rápida sobre el pasado tiempo, la presencia repentina de Dios y un golpe violento é imprevisto de su gracia determinasen una conversión verdadera y una muerte santa; pero que la espere aquel hombre para quien han sido inútiles, durante la vida, el apoyo de la religion y el socorro de los sacramentos, que semejante á un pródigo ha desperdiciado tanta riqueza y abusado de tantos dones, y á quien ha estimulado siempre á los vicios la vana confianza de que al fin morirá con la muerte de los justos; es el colmo de la más loca temeridad.

Cierto es que un instante de verdadera penitencia basta para la salvación del hombre; pero cuando se dice que Dios despreciará la del pecador moribundo, se quiere dar á entender que esta penitencia será inútil, porque es falsa. Mas bien es hija de la necesidad á que se ve reducido el hombre, que natural efecto de un arrepentimiento sincero, como lo justifica la experiencia de aquellos que, habiéndose mostrado muy contritos en una enfermedad grave y peligrosa, parece que no consiguieron el restablecimiento de su salud, sino para abandonarse con mayor ímpetu á los desórdenes favoritos de su conducta. El dolor que manifiesta es hijo de un temor puramente natural: sus lágrimas son lágrimas de Esaú y de Antioco, lágrimas estériles y reprobadas. Por esto el pecador levantará entonces sus ojos al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores: llorará, y Dios insultará sus lágrimas. Inútil será entonces que, despues de haber buscado para confesores á eclesiásticos condescendientes,